

MIRADA RETROSPECTIVA

La nuestra fue una generación matinal y lúdica que unió los interrogantes existenciales con la liberación sexual, estupefacientes todavía suaves con aproximaciones a diferentes filosofías. Enseguida se despertó la inquietud social, se expandió nuestro entusiasmo hacia otros bordes. Rechazamos los academicismos, el cuello endurecido por la corbata y las formalidades. Deseábamos un contacto directo, sensual con la materia y el cuerpo de los otros. Éramos muy jóvenes... y siendo pobres sentimos que el mejor vestido era nuestra piel desnuda. Nos dejamos crecer el pelo y la barba, las chicas vestían faldas cortitas y vaqueros y se adornaban con anillos y colgantes de fantasía. Privilegiamos el contacto con la naturaleza y con los

sonidos de la ciudad. Tal vez la consigna fuera “no me diga cómo son las cosas, ni cómo es la vida”. Hagámoslas. Vivamos. Queríamos una relación concreta y total, pretendíamos conectarnos a nuestra manera con los hechos, repensarlos.

A muy poco de echar a andar habíamos encontrado las inquietudes sociales profundamente vinculadas a la cultura. El pensamiento se alimentaba de preguntas y debates sobre todo lo que cayera a mano. La presión de la escasez económica nos empujó a plantearnos los motivos de las desigualdades. ¿Qué estaba pasando? ¿No era eso un asunto importante que gritaba doloroso en nuestras propias vidas?

Paralelamente, hombres y mujeres de la generación anterior a la nuestra habían concretado una situación revolucionaria en Cuba. Una forma rebelde de país en las conductas políticas cotidianas, según nos llegaba a decir el romanticismo comprensivo que teníamos. Ellos lo habían realizado con las armas en la mano, pero también con libros, imaginación y el aire hinchado de multitudes. El imperialismo y los políticos tradicionales los execraban. De allí partían los motivos de nuestra confianza en aquella revolución.

De las elucubraciones y la empatía a la práctica hay un buen trecho. Pero la marcha forzada nos acercó en menos tiempo que en otras coyunturas: arribábamos a la

conciencia jóvenes e iconoclastas. Vivíamos la dictadura de Onganía que, desde el año 1966, arrojó su zarpa oscurantista. Tuvimos enseguida los primeros muertos y los primeros iconos. Más tarde, la convulsión europea con epicentro en el mayo parisino del 68, potenció nuestras razones. Sentimos el planeta en su redondez como una realidad inexcusable. El efecto mariposa, más acá y más allá de toda metáfora, nos unió cuando la llamada guerra fría repartió el mundo en los dominios de dos hienas que enseñaban sus dientes nucleares. A nadie hacía gracia aquello, ni nos situaba en ninguno de los dos lados. El peligro de vernos envueltos en la nube radioactiva nos inquietó por encima de tácticas y proclamas. Y ante la magnitud de las amenazas, desesperados miramos hacia el espacio mínimo donde vivíamos, a sus conexiones con la provincia, el país, el continente... Regresamos al mundo. La pertenencia al llamado Tercer Mundo nos enriqueció de tembloroso romanticismo. Luego descubrimos el sentido de pertenecer a la tierra en la que nacimos y crecimos; nos alimentó el folklore y la chispeante variedad de la idiosincrasia nacional. Éramos gente urgida por mezclarnos con otra gente, encarnar sus dramas o imaginarles soluciones. Participamos en movimientos que nos llevaban a los barrios pobres, a las fábricas, a las agrupaciones culturales y políticas. No había tiempo que

perder y el compromiso fue tan vital y desaforado que no abandonamos el campo ante el omnímodo garrote represivo. Cuando el único camino era borrarse de ese escenario y buscar otro por un tiempo, seguimos ahí siendo un bulto a mano de atentados y secuestros.

Mientras tanto, la vida festiva en la que nos educamos, continuaba sus sagas. Es notorio que, en muchos casos, el compromiso militante significó una retracción en el espacio de libertades personales logradas. Las medidas de seguridad indicaron a algunas organizaciones el “orden cerrado” en la llamada moral revolucionaria que en los hechos era quédate en el perímetro de tu pareja, aunque la cosa funcione mal, déjate de andar trabando nuevas relaciones sentimentales, no te conectes con gente ajena a la lucha, suspende veleidades culturales que pueden volverte visible, no es tiempo para ningún relajamiento del espíritu. Insistimos entonces, contra beaterías sacrificiales, en las más caras inquietudes de las primeras etapas rebeldes. En términos concretos no consentimos en retroceder. Tampoco caímos en supuestas trampas que podría ponernos el enemigo.

JUVENTUD Y CONCIENCIA DE CLASE

La búsqueda de cierta forma de autoconciencia social nos acompañó con la misma frescura de los primeros años. Salíamos de la adolescencia y ante nosotros se presentaban todos los problemas del ciudadano: mantenerse, aprender a vivir, crecer en lo que habríamos de ser en la vida. Desde entonces ¡hasta hoy día! comprendimos que uno se adormece en mínimas “conquistas del pan”, está cansado o viejo y cuesta reemprender el camino.

En aquella época lejana, cuando lo único que teníamos era la camisa y el pantalón, algún que otro libro y la fuerza del trabajo –tantas veces trabajo por la fuerza para no morir de hambre-, asomamos la nariz para indagar la manera en que estaba construida la sociedad.

Así el *clasicismo* nos golpeó en el rostro. Sabíamos de ello por vivencias innumerables y dolorosas, amasadas a diario al medir el pan que nos llevábamos a la boca o los remiendos de la ropa. Sin embargo, pensarlo y empezar a integrarlo en ciertas racionalidades fue la conmoción más grande hasta hoy sentida. Nada quedó en su sitio. El nuevo acomodo en las ideas tenía el aire caliente respirado por uno mismo, palpitante belleza hacia el porvenir, imaginación, esperanza.

Salimos a vivir de otra manera, rompíamos el molde y no sé recordar con precisión las emociones que cada ruptura significaba. Despegábamos los sueños de muchas legañas que nos pesaban desde el útero materno. Entendimos la vida tal vez. O no. Vivir quizá fuera protegerse de la intemperie mortífera y por eso fuimos aquiescentes todavía al orden establecido. Pero la diana había sonado, nuestra conciencia rompía el día y era posible e imperioso actuar. No contábamos con herramientas ni armas válidas. Cualquiera de las que precisáramos estaba en manos de los otros, en sus sólidas construcciones que se valían de gente de nuestro ámbito social para protegerse. ¡Y la misma historia oficial los defendía!

Vivíamos en Argentina, en una tierra que fue de los españoles según los textos escolares; y antes de los indígenas. Chicos valientes que se probaron contra los

ingleses en la defensa de Buenos Aires, emprendieron luego una lucha contra el dominio monárquico español que sumó a la mayoría de los habitantes del dilatado continente. Eso habíamos aprendido. El panteón de los héroes estaba atestado de señores cuyas hazañas estudiamos en los colegios y cuyos nombres se repetían en calles, plazas, pueblos. El nombre de los héroes que merecieron recuerdo imborrable, dataciones biográficas en los libros. ¿Y la identidad de los que no figuraban? ¿Acaso no merecían parecida memoria los cinco mil soldados que cruzaron los Andes? ¿Y los que acompañaron a sus jefes en otras campañas infructuosas? ¿Y los que guerrearon con los caudillos y finalmente contra los indios? Había historia de algunos por morir en batalla defendiendo la vida de su mando. Pero el destino de miles y miles fue desaparecer del recuerdo. Hasta parecía que no hubieran luchado... O sí, en la batalla memorable de sus jefes recordados. Así anduvimos ahítos de perplejidades, ávidos por explicarnos un pasado remoto, ya enfriado en mármoles y bronces, devorado por la modernización. En efecto, maltratados dormían los mismos héroes, ausentes en las carreras contemporáneas que culposamente nos distraían de venerarlos. Probablemente ya ni siquiera estábamos cerca de sus ideales. ¡Y qué decir del lugar conseguido en la actualidad por los llamados gobiernos patrios! ¡Cuánto

himno y canción nacional más apta para la sorna que para el fervor patriótico! Todavía adolescentes oímos un tango que terminaba: “es la hora del asalto/sírvanse que son pasteles/¡y así queman los laureles/que supimos conseguir!” (“**Bronca**” de Battistella y Rivero).

En la historia -quiero decir en la leyenda- que escribieron sobre nuestro pasado nacional tampoco figuraban hechos de los que algunas voces dispersas nos susurraban algo. ¿Cómo había sido la Organización Nacional hacia finales del siglo XIX? ¿Qué hubo de la guerra con el Paraguay? ¿Y los 42 millones de fértiles hectáreas incorporadas después de la llamada Campaña del Desierto del general Roca contra los indígenas? ¿Qué había sido de aquella inmigración de miles y miles de personas diversas que entretanto llegaron para poblar la Argentina? ¿Y la ley de Residencia, las masacres de obreros en la Patagonia, la cárcel de Ushuaia? Teníamos que aprender, desaprender y resituarnos mordiendo horas a los turnos en la fábrica y al sueño. Fragmentarias y desafortunadas caminaban nuestras lecturas, mientras el “mundo seguía andando” y habitábamos sus días con conflictos internacionales que inundaban agencias informativas, las explosiones de la juventud en Italia, Francia, España, Checoslovaquia y Estados Unidos con consignas similares a las nuestras.



*Huelga de panaderos en 1911.
Teníamos que aprender, desaprender y resituarnos mordiendo horas a los
turnos en la fábrica y al sueño.*

Oíamos en la radio el amargo diagnóstico de aquel tango mencionado e incapaces de tamaña ironía nos sentíamos ahitos de perplejidad. A todas luces ansiábamos creer en algo que contuviera nuestra tierra y exaltara su destino colectivo. Jóvenes de un pueblo joven necesitábamos calentarnos en el ardor de una promesa.



... quienes llegaron a la Argentina "con un bagayito por toda fortuna".

LOS COMIENZOS

Emprendimos el camino con lágrimas de felicidad cuando llegábamos a explicarnos algunas razones de las diferencias sociales. Para afrontarlo contábamos sólo con nuestra vida... pero estábamos contentos. El acto de buscar modificaciones en el mármol del orden social tenía su sentido en avanzar contra las injusticias y extrañas situaciones de ignominia humana. Esa claridad recorrió el cuerpo y el alma de cada uno, por ser afectados directos o por solidaridad inexcusable de clase.

Mirado desde la distancia, salta a la vista la enorme reserva ética que encontrábamos en la humanidad. Contra la resignación y el escepticismo que coronaba los anhelos de todo buen cristiano, surgía el aire de otro

renacimiento. Se reaccionaba desde muy oscuros orígenes y míseras situaciones. Era una extraordinaria fuerza que arrancaba casi desde la nada, si se comparaban nuestros recursos con los de otras clases sociales: el llamado factor humano enfrentado a toda la maquinaria de los Estados. “Nos hemos visto obligados a usar el peso de la ley (expulsiones, grilletes, sables y paredón) contra los que no aceptan el orden establecido” declararon policías, jueces y gobernantes.

Desde un par de siglos atrás los miserables del mundo empezaron a razonar y a soñar, a confraternizar y organizarse. En muchos casos sería tal el destello de la verdad, tan poderoso el grito contra la injusticia, que salieron a solas o junto a dos o tres compañeros, a estallar el monstruo, aunque con ello se inmolaran. Tenían prisa, creyeron en el papel del héroe según lo pinta la leyenda. Se llamaron de distintas formas en Francia, en Rusia, en Austria, en España... reunidos en la ideología que confiaba la redención humana en el sacrificio. De vez en cuando sus gestos de luz blanca que restalla y languidece, cruzan el turbulento y fétido cielo de la historia. Muchas veces sus actos serían luego aprovechados por los enemigos para aumentar la opresión. Así se plantean las cosas de la humanidad. No obstante, la enorme reserva ética alimentaba nuestro espíritu. Estaba ahí.

A partir de esos sobresaltos en la conciencia, no he vuelto a pensar de la misma forma que se instruye en libros escolares o en revistas de quioscos, sobre la obra de los generales que en el mundo han sido. Ya no me inflaman sus triunfos, y sí me horripila la muerte de miles de jóvenes en las guerras. Existen las víctimas... como en las pirámides existían los obreros gobernados por mayordomos y arquitectos. La moderna arqueología los distingue por las deformaciones dejadas en los huesos de sus esqueletos trabajados por las pesadas piedras que cargaron. En el rumor de la historia nos conmueve el destino de los millares de “subordinados” que amasaron bien pirámides, bien triunfos militares.

Creo que era una rebelión contra todo. También contra el padre y la madre. Sabíamos que nuestros empeños no acababan de gustarles. Temían por nosotros y quizá no lograrán ver el mundo que pregonábamos. Después, cuando las Madres de la Plaza de Mayo dijeron que “fueron paridas por sus hijos” se explica el sentido de lo dicho. Entonces se ilumina aquella oscuridad en la que probablemente estuviéramos. Allí los planteamientos acaban de cobrar significación y se completan. Faltaría una transformación de los valores constituidos para que la sociedad se convirtiera en la nueva gran madre

integradora de la rebelión. Pero ¿cuándo? Estamos en la alienación.



Después, cuando las Madres de la Plaza de Mayo dijeron que “fueron paridas por sus hijos” se explica el sentido...

TERRITORIO COTIDIANO

Siempre deseamos una ciudad próspera, con muchas fábricas, numerosa masa obrera en las calles, con inquietudes en su vida cotidiana. Nos gustaba la gente, el rumor de la multitud, su respiración asimétrica. Caminar con la muchedumbre vestidos con la ropa de trabajo, contentos de saber que después de la fábrica estaba la casa de cada uno... Que había un igual y diferente en ese otro, en su historia, su barrio, su familia, su sección, sus turnos laborales de día y de noche, sus aspiraciones.

La fama humorística de los cordobeses se extendió con la expansión industrial. El proletariado joven y los estudiantes le pusieron el hombro y la risa a la ciudad. A veces íbamos a los campos de fútbol en los partidos

amistosos, a los asados, o a reuniones grandes a la espera de la salida chispeante e ingeniosa. Hubo ocasiones en que el recuerdo mejor guardado que luego se llevó a otras reuniones y encuentros fue una broma. El autobús a las fábricas viajaba repleto de obreros a eso de las cinco treinta de una mañana de invierno. Repleto y con las ventanillas cerradas para que no entrara el aire frío de la madrugada. Los obreros ocupaban los asientos y el pasillo prendidos del pasamanos. En un momento del trayecto aquello empezó súbitamente a oler mal, peor que feos los gases de alguien que no se cuidó en controlar sus esfínteres. Los hombres miraban en distintas direcciones, mascullaban, se subían las bufandas. Entonces alguien dijo sentencioso: “vamos, muchachos, vamos ¡no le mezquinen nariz para que se acabe pronto!”.

La instalación de fábricas estaba encarnizadamente asociada a la idea de progreso ciudadano y personal. Que se radicarán fábricas significaba tener un trabajo, imaginarse la compra de un pedazo de suelo para levantar paredes los fines de semana. Después no faltaban compañeros o amigos del barrio que ayudaran a terminar la primera puesta de la casa. Entre esa gente cuajó la idea de exigir mejores condiciones de trabajo en planta, de propender al control obrero de la producción en todos los procesos posibles, en ponerle límites a la tasa de

ganancia patronal, en luchar por una distribución más equitativa de la riqueza, en el socialismo por unas vías o por otras. Ello explica que los peronistas para tergiversar objetivos lanzaran la consigna de “socialismo nacional con Perón”. Aquello era tema del día. Precisamente los obreros más calificados y con mejores sueldos resultaron los notoriamente más activos en el cuestionamiento del sistema capitalista. Por ello quisimos el progreso industrial, el aumento de establecimientos, de infraestructuras, la concentración de operarios.